

Cuando la muerte persigue los talones, tanto da el camino que haya por delante. Lo digo porque desde que empezó la pandemia he regresado a casa con la sensación de tener activada una bomba con cuenta atrás y detonador. Que voy a saltar por los aires. Ser médico o sanitario en estas circunstancias es jugar a la ruleta rusa. Al despertar lo primero que uno hace es valorar la fiebre, si persiste el gusto y el olfato, si hay tos y si la respiración se mantiene sin dificultades. Si todo está en orden empieza la carrera sin descansos. Con prisas. Con miles de historias truncadas. Yo digo que si salgo de ésta, peregrinaré a Santiago. Más que nada por andar. Para dar las gracias por estar vivo. No sé que año, porque éste, desde luego será todo tan extraño. Un camino sin gente no es camino. Los albergues constantemente desinfectados. Las misas del peregrino a un tercio de su capacidad.

Y tal como lo digo sé que algo va mal. Lo sé porque lo estoy viendo cada día en el lado contrario. El dichoso virus se me ha colado por debajo de la mascarilla, pulmones adentro. Formo parte de esa ingente lista de números anónimos que luchan por respirar. ¡Qué absurdo!- me digo. Querer respirar solamente. O no querer morirme todavía.

-Piense en algo bonito -me dice una enfermera cuando revisa los tubos, el flujo de aire, los goteros de antibióticos.

Y yo le hago caso. Sé que tengo para días. Y como no puedo desesperarme, pienso que puedo hacer el camino de Santiago desde esta cama de hospital. Es como una rutina mental para abstraerme de lo que hay alrededor. Para no echar de menos a los míos. Para sentirme menos solo.

El segundo día mentalmente salgo en dirección hacia Roncesvalles. Imagino que me hacen daño las botas, que me pierdo porque soy muy despistado y que llego a un albergue para cenar. No he hablado con nadie porque todavía no he calentado motores. En realidad, me parece una locura, pero necesito estar tranquilo y esa sensación de caminar me da mucha paz.

Debajo de esos trajes y mascarillas no adivino quien me cuida. Vienen y van. Preguntan si necesito algo. “Un milagro” -pienso para mí. Pero Dios no puede salvarnos a todos. Habría dicho que quería un cuaderno para escribir mi diario de campo de este peregrinar pero no puedo moverme mucho. Estoy tan cansado que por un momento pienso en colgar las botas para otro día. Sin embargo, me digo que no pasa nada por salir de Roncesvalles en dirección a Zubiri. Y que si no llego a Pamplona en un día, lo haré en dos.

Imagino que me encuentro con un inglés y que no podemos entendernos, pero me enseña una fotografía de una mujer que debió ser su esposa y dice algo así que por ella va a Santiago. Una mujer guapa -me digo. Y un hombre peculiar para venir de tan lejos. Todo eso me entretiene y para cuando me doy cuenta es la hora de cenar.

-Muy bien -me dicen, como si yo no supiera mirar la saturación de oxígeno y la frecuencia cardíaca en los monitores.

Los pulmones ya sé que se quejan porque no tienen espacio para meter aire, pero les digo que nos tenemos que llevar bien, que no podemos declararnos la guerra mutua y que tienen que ayudarme a salir de esta. No contestan, naturalmente, pero por si acaso, yo se lo digo.

Ya he pasado Estella y me aproximo a Arcos. El paisaje ha cambiado completamente. Hay olivos y viñedos en el camino. Me pesa la mochila como condenada. No sé para qué metí tanta cosa innecesaria. Me paro en la mitad del camino y le doy la vuelta. Tres pares de pantalones, adonde va a parar. Quito uno. Cinco camisetas cortas y otras cinco de manga larga por si hace frío. Dejo un quita y pon y creo que ya es más que suficiente. El chubasquero no, que seguro que llueve. Y así, voy soltando lastre dejando sólo lo absolutamente necesario e imprescindible. Que en realidad, es nada si uno está a punto de morir. Porque apenas me pasa el agua y eso que sale bien fresca de las fuentes -me digo mojándome los labios nada más.

-¿Cómo se encuentra? -dicen desde la ultratumba de mascarillas y pantallas protectoras.

Y yo quiero contestar desde mi ultratumba que bien pero con el tubo no puedo hablar. Les hago un gesto como que quiero comunicarles la respuesta por escrito y me acercan una libreta y un bolígrafo.

-Bien. Estoy llegando a Santo Domingo de la Calzada. Estoy haciendo el Camino de Santiago y necesito descansar. Se me han metido espigas de cereal en las botas y creo que se me han hecho ampollas.

Me miran como si me hubiera vuelto loco. Pero no añaden medicinas para que deje de decir tonterías como esta.

-Pues que tenga usted una etapa maravillosa. Ya nos contará a quién ha conocido -dicen antes de marchar a otra cama.

Me paso la jornada caminando por el barranco de Belorado y la cueva que le sirvió a

San Caprasio y a sus compañeros anacoretas de refugio cuando el emperador Maximino los perseguía. Rezo en la ermita rupestre de la Virgen de la Peña de Tosantos. Y echo de menos el olor a cereal porque mi nariz no quiere devolverme ese aroma a hierba recién cortada.

Llevo once etapas recorridas y doce días postrado. Igual con un poco de suerte... Porque la necesito. Persiste el malestar general y el cansancio extremo.

Paso por Burgos y por Hornillos del Camino y Castrojeriz. Hoy cae un sol de justicia sobre mi cabeza. Debe ser por eso que me duele. Un paso detrás de otro por esta pista de tierra larga y solitaria. Unos quinientos metros por delante va una pareja. Les calculo jóvenes pero poco aventurados en el senderismo porque los alcanzó y aún se quedan atrás porque van muy lentos, saboreando el paisaje- dicen. Paco nos recibe en el albergue San Esteban. Ha preparado macarrones para cenar con huevos duros y mucho tomate por encima. Me cuenta que va a haber un concierto en la Iglesia de San Juan y que Enrique, el párroco debe estar con los músicos. Supongo que me lo cuenta porque cree que necesito hablar. Claro, cualquiera que esté a punto de palmarla, como yo, le apetece poner en orden su alma. El órgano parece afinado y escucharlo me relaja. Es como la antesala del paraíso, si es que existe el paraíso. Y Enrique espera a que sea yo el que diga la primera palabra. O lo que me parece el camino. O porque estoy andando si resulta que no puedo ni respirar.

Cualquiera diría que hace falta mucha disciplina para hacer lo que yo estoy haciendo. Caminar día a día, como si de verdad estuviera cubriendo etapas, sellando credenciales, enriqueciéndome con las conversaciones de los peregrinos.

-Se le ve buen color -me dicen durante la visita. Parece que andar le está sentando bien. Tiene más capacidad pulmonar. Lo dicen tan en serio, siguiéndome la broma que ellos y yo sabemos que es mentira, que no puedo sino emocionarme.

Voy ya por la etapa diecinueve. Lédigos a Bercianos del Real Camino. Mi confinamiento es obligado. A una cama. A un respirador. Otros, los que están en casa, sufren la pérdida de libertad pero aún gozan de salud. Pienso que podrían hacer lo mismo que yo. Emplear el tiempo para el crecimiento personal.

Sí, definitivamente, debo estar loco. Y agradecido porque esta gente que me cuida apoya mi locura de hacer el Camino de Santiago desde la cama, pues saben me ayuda a sobrellevar mejor la enfermedad.

Ya estoy en tierras de León cuando hablo con un niño. Se le había escapado el balón y ha venido a parar a mis pies, quizá para que tuviéramos oportunidad de conocernos. Lleva

todavía la cabeza calva, por la quimioterapia dice. Me cuenta que tiene un cáncer de esos que atacan a la sangre y que después del trasplante está bien. Que tenía muchas ganas de poder respirar el aire y caminar por la naturaleza. Me dice que le gustan mucho los pájaros y que es capaz de reconocerlos por su trino. De mayor no sabe lo que quiere ser porque no sabe si va a llegar pero del camino exprime cada segundo como si fuera a ser el último. Me contagia el entusiasmo y pienso que daría lo que fuera por volver a ser como ese niño. Apasionado, inocente, risueño y con tan poco miedo a morir como tiene él. Parece adivinar mi pensamiento porque contesta que miedo sí tiene, pero como no puede cambiar el destino, con llegar a ver la tumba del apóstol Santiago se conforma. Unos quince días, dice, porque caminamos a paso de burra. Y quince días son una eternidad.

-Vamos a ver si eres capaz de respirar sin la máquina -me dicen. A la de tres, lo sacamos. Procura no hacer fuerza y estate tranquilo, que sino, tendremos que volver a ponerlo.

Me duele la garganta y noto la sensación de que me falta algo. O de que me sobraba antes. O de que estoy mejor que hace veinticinco días. Aunque tengo la sensación de que me ha pasado un camión trailer por encima de todos mis huesos y de que si me pongo de pie, las piernas no me van a sujetar, al menos no tengo la sensación de estar ahogándome.

Para cuando atravieso O' Cebreiro ya tolero los líquidos y puedo comer dieta blanda. Yo creo que formo parte de la leyenda de ese pueblo y que en lugar de que el vino se convierta en sangre y el pan en carne, en mi caso le da por sanar la enfermedad. Como me gusta el pueblo decido quedarme un par de días. Seguro que la leche de vaca y el queso me hacen bien, por eso de que lo que no mata, engorda. El manjar de los reyes con miel y membrillo me resucita. Y en el alto de San Roque descanso un poco junto a la escultura del peregrino que se sujeta la boina para que no salga volando con el aire.

Tengo que descansar en el albergue Aitzenea de Triacastela. Me impresiona mucho el retablo mayor con el Apóstol montado a caballo de la Iglesia de Santiago. Y me quedo a la misa de una para dar gracias y pedir por todos los que como yo, todavía estamos enfermos. El cura nos da la bienvenida al pequeño grupo que hoy hemos pernoctado en el pueblo. Nos cuenta que en función de nuestras fuerzas, (en mi caso nulas) llegamos a meta en una semana.

-Vamos a llevarte a planta, que aquí ya no te queremos. Los intensivistas ya son para otro, que enseguida te mandamos para casa.

Suena a gloria bendita. A órgano celestial. Se me escapa una lágrima.

-No nos has dicho por donde andas, que seguro que estás a punto de llegar ya a la plaza del Obradoiro.

Es cierto. Ya he dejado atrás Azúa y estoy llegando al Monte do Gozo. A apenas cinco kilómetros de la meta. Desde el lugar que se empañan los ojos porque ya se divisa la Catedral de Santiago. La distinción de *reyes de la peregrinación* la merecen quienes han arriesgado sus vidas para salvar la mía. Así que les preparo unas coronas de papel y cuando hacen la ronda se las coloco encima de la cabeza. Yo simplemente doy gracias y habría celebrado el rito del humilladero alrededor de un montón de piedras equivalentes no a los cien días de perdón sino a los casi cincuenta que me he debatido entre la vida y la muerte.

Hago coincidir el día del alta con mi llegada ficticia a Santiago. Y no sé porque tengo tanto sentimiento encontrado. No termino de decidirme a entrar por el Pórtico de la Gloria a rezar en la tumba porque me da pena haber terminado ya de andar. Antes de haber empezado. Por eso me meto en la ducha, para purificarme antes, como si estuviera en el arroyo de Lavacolla , para no oler a sudor y no contagiar a nadie. Con mucho jabón y mascarilla. Con la alegría de poder volver a encontrarme con los míos.

Este año igual todavía estoy débil, pero al que viene, cuando pueda, lo haré de verdad. Ha sido una promesa. Porque sin este camino paralelo que me ha mantenido cuerdo, estoy seguro de que me habría faltado poco para enloquecer. No me he sentido solo pero el miedo me rondaba por la cabeza y solo con el lenguaje extraño que se habla en el camino, he conseguido merecer una compostelana virtual, quizá la primera. El sello oficial ya puede esperar.